

PAISAJE Y MEMORIA: RECREACIONES LITERARIAS DE LA GEOGRAFÍA BÉLICA COLONIAL EN MARRUECOS

Rosa Cerarols Ramírez

Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

Al recuperar y releer los relatos de viaje españoles que hacen referencia al Marruecos colonial se constata aquello de que la Geografía ha sido y es una arma para la guerra (Lacoste, 1977). Además, para el contexto hispano-marroquí también se elucida lo que Lacoste desarrolló como «alertas en el Mediterráneo» en su libro *Cuestiones de geopolítica* (1988) vinculadas al Islam, el mar y África. Este artículo, partiendo de las dos ideas apuntadas, realiza una revisión crítica de la construcción histórica de una particular geografía de la guerra utilizando como objeto de análisis la significación que aportan las recreaciones literarias de los paisajes bélicos en territorio marroquí (1859-1936).

Palabras clave: geografía cultural, libros de viaje, colonialismo español, paisajes bélicos, Marruecos.

ABSTRACT

Landscape and Memory: Literary recreations of the military colonial geography in Morocco.- When recovering the Spanish travel accounts that refer to the colonial Morocco is confirmed that Geography has been and is one weapon for the war (Lacoste, 1977). Besides, for the Hispanic-Moroccan context which Lacoste developed as «alerts in the Mediterranean» in his book *Questions of geopolitics* (1988) linked to the Islam, the sea and Africa is also elucidated. This article, setting off from the two noted ideas, carries out a critical revision of the historical construction of a war geography using as an object of analysis the signification

Fecha de recepción: junio 2009.

Fecha de aceptación: octubre 2009.

that the literary recreations of the warlike landscapes provide in Moroccan territory (1859-1936).

Key words: Cultural Geography, travel accounts, Spanish colonialism, war landscapes, Morocco.

I. INTRODUCCIÓN

El presente artículo explora, a través del análisis de los libros de viaje, las relaciones existentes entre paisaje y memoria en las geografías imaginarias españolas del Marruecos colonial (1859-1936). Las páginas que siguen tratan de averiguar la significación cultural del lado más subjetivo del paisaje en su narración vinculada al recuerdo y a la memoria nacional del período imperial. Se puede avanzar que para el caso español, debido al propio desarrollo de la política colonial africanista, predomina la temática bélica, y por este motivo —en sí muy significativo—, se tratarán únicamente las aportaciones textuales que hacen referencia a la geografía de la guerra.

Un rasgo común observable en la literatura viajera es que se apropia de lo visto mediante la construcción de paisajes (Zusman, 2007). Toda la diversidad de elementos naturales y socioculturales se interrelacionan entre sí a la vez que quedan sometidos a diferentes cánones estéticos e ideológicos (Gregory, 1994; Paradela, 2005, Schama, 1995). Al mismo tiempo, cuando este proceso de transformación coincide con la práctica colonial, la revisión paisajística se convierte en un valioso instrumento de análisis para examinar los aspectos culturales del colonialismo (Blunt, 2002; Borghi, 2008; Cosgrove, 2003; Ramiro et al., 2007) o la constitución y difusión de unas geografías imaginarias determinadas (García Ramon, et al., 2008; Cerarols, 2009). Así pues, el estudio de las de las prácticas de desplazamiento (de viajes) nos permite reconstruir una Geografía Cultural que encuentra sus bases en la movilidad y no solo en el sedentarismo o, en todo caso, en la yuxtaposición de ambas prácticas (Zusman et al, 2007).

Por otro lado, en los últimos tiempos también estamos experimentando un «retorno al paisaje» (Mateu Bellés, et al., 2008), entendiéndolo y considerándolo de una forma más holística (Azevedo, 2008). Ahora «el paisaje puede interpretarse como un producto social, como el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza y como una proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado» (Nogué, 2007: 12-13). Con este enfoque interpretativo que entiende el paisaje como un producto social, se recuperan los valores de la representación y del poder de la mirada. En consecuencia, el paisaje no sólo muestra como es el mundo; más bien se trata de una construcción, una composición de este mundo, una forma de mirarlo. En efecto, al concebir el paisaje como un «modo de ver» (Berger, 1972; 1991), hay que asumir la carga ideológica incorporada al proceso de apropiación del espacio (Mitchell, 2002). De ese modo, los paisajes se construyen socialmente en el marco de un juego complejo y cambiante de diferentes relaciones de poder. Además, desde este punto de vista, también cabe recalcar en las vinculaciones que se establecen entre los paisajes y sus correspondientes horizontes históricos y nacionales. En este sentido, y tal y como apunta Ortega Cantero (2008), las sociedades modernas han utilizado a menudo el

paisaje como factor de identidad, apoyándose en él para caracterizar y afirmar la propia entidad colectiva, y convirtiéndolo en la representación sensible del sentimiento de pertenencia nacional. Así pues, vemos como el paisaje también puede adquirir un significado histórico y nacional importante.

La ocupación y colonización territorial de Marruecos no fue en ningún momento una empresa fácil. Desde el punto de vista español, quedó duramente marcada por reiterados enfrentamientos bélicos y por una gran movilización de soldados y artillería, lo que se tradujo en una alta presencia militar española en suelo africano (Balfour, 2002; Guerrero Acosta, 1998; Madariaga, 1999; Nogué et al. 1999). Si se hace una lectura geográfica del proceso, se observa que las escaramuzas militares se produjeron en los lugares donde convergían los intereses contrapuestos de España y Marruecos, o sea, en los alrededores de Ceuta y Melilla. Por otro lado, si hacemos un repaso histórico, el período que se analiza empieza con los enfrentamientos militares, que en España, se bautizaron como la Guerra de África (1859-60). Fue una guerra que des del primer momento se *orientalizó* y tomó unas características casi míticas en el imaginario colectivo español (González Alcantud, 2004; Marín, 1996; Martín Corrales, 2002; Morales Lezcano, 2004). Se consideró una «gran victoria» que, aunque tuviese unas consecuencias políticas y económicas limitadas, se convirtió en la principal fuente de inspiración para la construcción de un (nuevo) discurso colonialista que aglutinaba todo el legado de exaltación de la reconquista medieval española. Así, la gran mayoría de viajeros y viajeras que realizaron la *ruta prototipo* —de Tánger o Ceuta hacia Tetuán—, recorrieron lo que fue el campo de batalla, y por tanto, de forma constante en todo el período de análisis, rememoraron la fructífera y suculenta victoria militar.

A su vez, desde finales del siglo XIX, aquellas personas que se desplazaron a Melilla o que recorrieron la *ruta rifeña*, también dejaron constancia de los múltiples enfrentamientos bélicos acaecidos en la zona del Rift marroquí¹. Melilla y sus cercanías, vivieron antes del establecimiento formal del Protectorado, los infortunios militares de los años 1893, 1909 y 1911. Además, a partir del 1912, la resistencia rifeña se organizó y protagonizó el revés militar más duro para el ejército español, conocido popularmente como el «desastre de Annual» (1921). Dicha derrota, silenciada y censurada por el Ejército y Gobierno españoles (Madariaga, 1999; Villalobos, 2004), tuvo posteriormente su contrarréplica con el desembarco de Alhucemas, dirigido por Primo de Rivera el año 1925 y donde cooperaron por primera y última vez los ejércitos español y francés. Anulada militarmente la resistencia local, se abrió un período de teórica «pacificación» que duró hasta el final del período de análisis, cuando los mismos generales españoles del ejército africano diseñaron y ejecutaron el golpe de Estado de julio de 1936, que desembocó a la Guerra civil española. En consecuencia, a lo largo del período de análisis, muchas de las aportaciones viajeras también dejaron escrita la evolución de la geografía de la guerra en territorio africano.

Con la recuperación de la literatura viajera que vincula paisaje y memoria, se puede fácilmente reinterpretar la construcción social del paisaje a través de las citas explícitas que

1 En la actualidad también existen relatos de viaje que hacen referencia explícita a estos paisajes bélicos. Un buen ejemplo es el libro de Lorenzo Silva publicado el año 2001 con el título *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*, donde el autor-viajero relaciona al detalle paisaje y memoria de las guerras hispano-marroquíes coloniales.

hacen referencia a los paisajes bélicos fruto de los enfrentamientos hispano-marroquíes del período colonial. De una muestra analizada de treinta relatos², vemos que exactamente la mitad de las aportaciones³ tratan dicha temática abiertamente. Estos quince relatos son, por orden cronológico, los de Pareja (1868), Boada (1889 y 1893), Collell (1891), Burgos Seguí (1909), Eguilaz (1912), Dantín (1913), Montero (1913), Prats (1915), Olmet (1916), Zulueta (1916), Cabrera (1913-1923), Sánchez Pérez (1925), Otero (1930), Jiménez de Noguera (1933) y Tirant (1934).

Incluyeran o no evocaciones explícitas de los escenarios de las guerras hispano-marroquíes, lo cierto es que, tanto las personas que se desplazaron a Marruecos como el resto de población española, estaban al corriente de las relaciones conflictivas entre España y Marruecos (Bachoud, 1988). De hecho, desde siempre, las relaciones entre ambos territorios estuvieron marcadas por un contacto constante que a menudo fue problemático (Martín Corrales, 1999; Villanova, 2004). En este sentido, el militar Sánchez Pérez, al principio de su libro⁴, manifiesta que:

«Siempre ha sido cosa peregrina el trato entre moros y españoles. Desde la tradición del Conde don Julián, con la consecuencia de la invasión de Tarik, hasta nuestros días, apenas si ha transcurrido entre ellos y nosotros un solo año sin lucha. Primero la irrupción avasalladora, después la reconquista, iniciada por Pelayo en Covadonga y terminada en Granada aquel memorable 2 de enero de 1492; más tarde, las muchas con lo moriscos sublevados; las expediciones a Melilla, Ceuta, Orán y tantos otros puntos de la costa marroquí y argelina, donde anclaban los bajeles de los fieros bandidos del mar. En tiempos de nuestros abuelos, la guerra de África, esmaltada de gallardías que tuvieron por escenario la exuberante tierra de Yebala; la campaña del 93 en Melilla y desde 1909 en Ceuta, Larache, Tetuán y el Rif, todas esas jornadas azarosas en las que —pese a quien acaso por no haberlas vivido no sabe poner las cosas en su justa razón— ha brillado con fulgidos destellos la limpia ejecutoria de la raza» (Sánchez Pérez, 1925: 9-10).

De ese modo, al referirnos a las evocaciones españolas de los paisajes de la guerra, habrá que considerar también el legado conflictivo heredado de los siglos anteriores. Éste, condi-

2 En la tesis doctoral se consideró que treinta relatos era una muestra significativa teniendo en cuenta la representatividad de género, la cronológica en el eje temporal de análisis, la de procedencia geográfica y la de tipología de viaje-viajero/a. Ver: Cerarols, Rosa (2008). *L'imaginari colonial espanyol del Marroc*, consultable en <http://www.tesisexarxa.net>

3 La otra mitad de aportaciones no incluyen evocaciones de los paisajes bélicos. Amor (1859) viaja justo antes del primer enfrentamiento. Los aventureros Gatell, Murga y Benítez no hacen ninguna mención en sus escritos. San Martín, aún siendo miembro del cuerpo de Aduanas que se instauró con el acuerdo de paz de la Guerra de África, no incluyó en su relato ninguna referencia en relación al territorio. Muro y Calvet, por su lado, sólo conocieron Tánger. Mitjana, únicamente relata la misión diplomática que representaba, la cual no pasó por los parajes bélicos que se analizan. Jara, aunque sí que los atravesó, no incluyó ningún comentario. Juarros y Escamilla hicieron referencia exclusivamente al Tetuán del Protectorado. Martínez Ferrando, sólo conoció la zona del Protectorado francés y, Esteve, Bertrana y Sáenz, omitieron tratar la temática.

4 Las citas de los relatos que aparecen a lo largo del artículo mantienen la ortografía original. Los destacados que se incluyen son de la autora para enfatizar la significación discursiva del texto.

cionará fuertemente el discurso definitorio del enemigo (González Alcantud, 2002; Mateo Dieste, 1997), creando una mirada particular que no sólo recogerá los elementos típicos de la época imperial sino todo el conjunto de imaginarios forjados durante siglos en el sí de la sociedad española.

II. ENTRE CEUTA Y TETUÁN: LA MÍTICA GEOGRAFÍA DE LA GUERRA DE ÁFRICA

«La célebre guerra de Tetuán fué promovida, por haber hostilizado los anyherinos nuestra guardia de la Caseta de la sangre, el día 11 de agosto de 1859, y, que dieron motivo durante algún tiempo á encarnizados combates entre los moros y nuestras tropas. [...] En la memoria de todos están aquellas memorables batallas del valiente ejército español acaudillado por los bravos generales que se llamaron O'Donnell, Prim, Echagüe, Ros de Olano, Gasset, Zabala y otros, que de combate en combate, y de triunfo en triunfo llegaron hasta los muros de la ciudad de Tetuán, colocando la bandera española sobre los torreones de la Alcazaba el día 6 de febrero de 1860. El Serrallo, los Castillejos, Monte Negrón, Río Izmir, Wad-Rás, son nombres escritos con letras de oro en las páginas de la historia y que hacen latir el corazón de los buenos españoles á impulso del más noble patriotismo» (Eguilaz, 1912: 12-13).

Con la Guerra de África, España modifica sensiblemente su mirada y sus aspiraciones en relación a la expansión territorial en el país vecino (Martín Corrales, 2002). En realidad, la victoria militar se convirtió en la gran excusa y el motivo más adecuado para efectuar una primera intromisión real en territorio marroquí (Albet et al., 1997; Albet & Riudor, 1999; Urteaga et al., 2003; Urteaga, 2006). De esa manera, las filas colonialistas españolas hicieron de la Guerra de África un mito patriótico (Reguera, 2002) y de Marruecos, su Oriente doméstico (Marín, 1996, Martín Corrales, 2002; Moga Romero, 2006; Morales Lezcano, 2006).

La mayor parte de las personas que se desplazaron a Marruecos recorrieron la *ruta prototipo*, la que desde Tánger o Ceuta llega a Tetuán. A menudo, en ruta —o no— evocaron el mítico paisaje de la guerra ganada, recreando las emblemáticas aportaciones de la época⁵ y, por tanto, rememorando la proto-penetración colonial en Marruecos. En consecuencia, empieza a construirse un complejo imaginario colectivo que vincula percepciones paisajísticas con idearios patrióticos y ansias coloniales.

1. La patria se desplaza a Marruecos: primeras evocaciones de la gloriosa guerra

El período histórico que se analiza empieza con la guerra hispano-marroquí del año 1859. Los primeros viajeros que se desplazaron a Marruecos encontraron todavía vivo el fulgor de la victoria militar española y reconocieron épica y paisajística la huella material y paisajística

⁵ En este sentido cabe recalcar en el impacto mediático que tuvo la crónica de guerra del joven Pedro Antonio de Alarcón, granadino de Guadix que se desplazó a Marruecos como voluntario y se convirtió en su «cronista oficial» (González Alcantud et al., 2004). Sin embargo, no fue el único que narró el enfrentamiento (Correa, 2004) y, en este sentido, también se tiene que destacar la influencia que tuvo el pintor de Reus Marià Fortuny al inmortalizar y *orientalizar* los escenarios de dicha guerra (Carbonell, 1999).

que allí se dejó. De hecho, la misma guerra —y especialmente su victoria— se convirtió en un aliciente primordial para viajar a Marruecos. Así pues, gran parte de la literatura viajera generada en aquellos tiempos rememoró la batalla que se había convertido en la punta de lanza de la penetración colonial española en Marruecos.

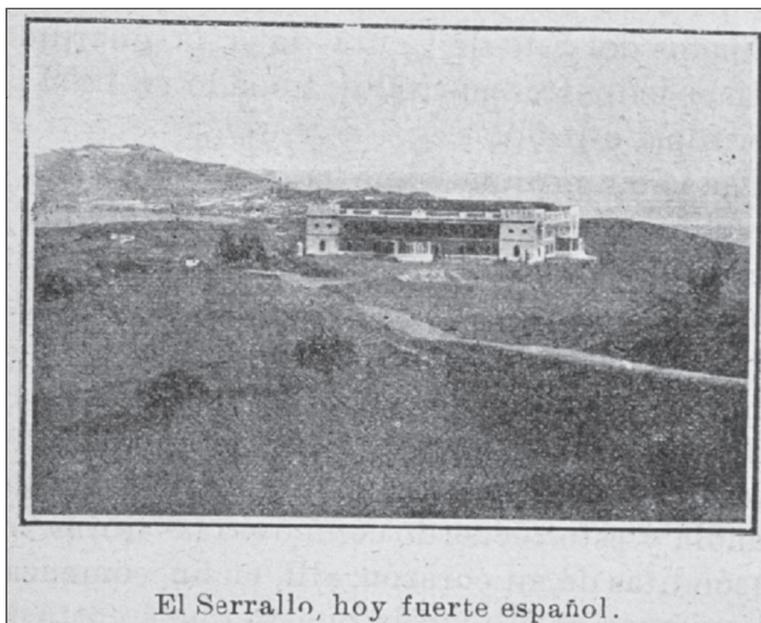
El viajero Pareja, al desplazarse entre Tánger y Tetuán⁶ en el año 1868 [ver mapa 2], nos cuenta:

«En la espesura de aquel monte, hoy descuajado, se vertió la primera gota de sangre española, y este recuerdo conmovió las fibras más recónditas de mi corazón; allí, en fin, comenzaba el enigmático Mhogreb» (Pareja, 1908: 13).

Así pues, parece ser que para el autor, el dejar atrás Tánger implicaba adentrarse al Marruecos real, aún desconocido. Al mismo tiempo, menciona que los parajes que recorre —por sus implicaciones históricas y sentimentales—, lo conmueven profundamente. En esta misma línea, inmediatamente añade que *«poco después estábamos á las puertas del Serrallo, donde un pelotón de soldados del Fijo de Ceuta daba la guardia al primer baluarte marroquí, tomado en 1859 por las tropas españolas»* (Pareja, 1908: 13). De esa manera, vemos que no sólo se trata de rememorar el pasado, si no más bien publicitar la materialidad

Figura 1.

FOTOGRAFÍA INCLUIDA EN EL RELATO DE PAREJA (1908)



⁶ En referencia al trayecto, incluye: «Larga jornada teníamos que hacer antes de llegar a Tetuán, por un **mal camino de herradura trazado en terreno quebradísimo**, entre peñascos y malezas. **Nada más pintoresco**, sin embargo, que la selvática majestad de aquel amasamiento de piedras, árboles y brozas» (Pareja, 1908: 15).

del presente, o sea, la constatación de la presencia española en territorio africano. Para enfatizar este objetivo, Pareja, al referirse al *Serrallo* [ver imagen 1], se sirve también de la eficacia de la fotografía, que para él, ilustra la españolidad de la plaza.

Prosiguiendo la ruta en dirección a Tetuán, explica que

«La pendiente iba marcándose poco á poco. De pronto, al doblar un recodo, el monte se aclaró á pala, con terraplenes á uno y otro lado. Mjamet volviere hacia mí y señalándome aquella especie de carretera me dijo: — Esto es obra de vosotros; por aquí subió la artillería española en la campaña de 1859 á 60» (Pareja, 1908: 16).

Ahora es el guía local quien recalca en la transformación del paisaje. Lo atribuye a la presencia extranjera y a la construcción de la primera infraestructura española (de finalidades bélicas). Con la observación, el viajero evoca la significación del lugar y de la emoción que le genera encontrarse allí, empieza a rememorar los detalles de la guerra. De ese modo, vemos que desde una perspectiva claramente territorial, elabora una translación nostálgica de una alta significación patriótica. Incluye:

«De sus labios oí el relato de los sucesos más culminantes de la lucha. Aquel terreno estaba regado con sangre española y, ante la palabra llena de sobriedad y sencillez del moro, veía con la imaginación el cuadro magnífico de la batalla, como en un diorama se ven los episodios de un combate cualquiera» (Pareja, 1908: 16).

«Descendimos al llano, pasando por las colinas donde los moros tenían aquel formidable campo atrincherado que tomó Prim al frente de los voluntarios catalanes, y distraídos con la relación pintoresca de Mjamet, llegamos al pie de los muros cuyas troneras asomaban la boca verdosa los cañones marroquíes» (Pareja, 1908: 19).

Tal y como si estuviera contemplando las acuarelas de Fortuny —subvencionado para inmortalizar las escaramuzas—, Pareja deambula absorto por aquellos parajes, recreando y retroalimentando una de las geograffias imaginarias más consolidadas de aquel lugar. Finalmente, el viajero llega al que fue el emblemático «campo de batalla» [ver mapa 1]. Nos explica:

«¡Wad-Ras! ¡El campo donde se libró la temible batalla! ¡El puente tan heroicamente tomado por los cazadores de Ciudad Rodríguez! Yo reconstruía en mí mente el cuadro magnífico del combate [...]. Todo lo veía, todo lo recordaba, teniendo presentes los relatos hechos por la prensa, y mi corazón latía de orgullo evocando la hermosa epopeya de nuestras glorias nacionales, mientras la vista divagaba desde el bosque al valle, del valle al monte y del monte al norte, en cuyo horizonte y como manto de niebla se divisaban las costas españolas» (Pareja, 1908: 60).

De esta manera, el viaje, concretado ahora en una panorámica paisajística de gran valor simbólico para la reconstrucción histórica española, también tiene la capacidad de transformarse en un ejercicio mental, en una forma de mirar, que vincula directamente paisaje y memoria.

Años más tarde, otros tantos viajeros también rememoraron *ad nauseam* el espacio-mito de la Guerra de África. Boada, por ejemplo, que recorre la zona en el 1889, era ya muy consciente de la carga emocional que poseía aquel territorio. En efecto, el paisaje aunque sea una realidad física también es la representación que culturalmente hacemos de ella. En otras palabras, aparece un tangible geográfico y a la vez, su interpretación intangible. Así, escribe en su relato que «*con la vista fija en el paisaje, el pensamiento vagando por aquellos campos tan*

Mapa 1
ZONA OCCIDENTAL, RUTA PROTOTIPO. LOCALIZACIÓN DE UAD RAS⁷



Fuente: mapa incluido en el libro de Villalobos (2004).

⁷ Fíjense en la central ubicación de *Uad Ras* entre Tánger y Tetuán. Dense cuenta también de la proximidad existente con el *Fondak*, lugar muy evocado en las narrativas viajeras.

llenos de recuerdos, y el cuerpo abandonado al monótono vaivén de la marcha, seguimos hora tras hora» (Boada, 1999 [1895]: 266). Conocedor de los avatares ocurridos treinta años atrás y de la simbología de su localización geográfica, concreta que:

«Íbamos en demanda, desde la mañana, de la divisoria que separa las estribaciones de las montañas que cierran la llanura de Uad-Ras por el Este, y en cuyo sitio está el fondak donde descansan las caravanas que cruzan estos caminos; pasamos a pocos metros de distancia, y aunque á la ligera, pudimos observar este fondak, famoso por el temido paso á cuya entrada se halla y que estuvo á punto de recorrer el ejército español el año 60» (Boada, 1999 [1895]: 266).

Como otros viajeros, Boada, in situ, consideró que *«ni para un ejército ni para una caravana nos pareció pavoroso, en épocas normales, el paso del fondak»* (Boada, 1999 [1895]: 267) [ver mapa 2]. Esta puntualización hace referencia a la extrema peligrosidad descrita en relación a dicho tramo por los cronistas de la guerra, especialmente por Alarcón. A su vez, como Pareja, Boada también llega a la mítica explanada donde tuvieron lugar los hechos más *archiconocidos* de la Guerra de África [ver mapa 1]. Así:

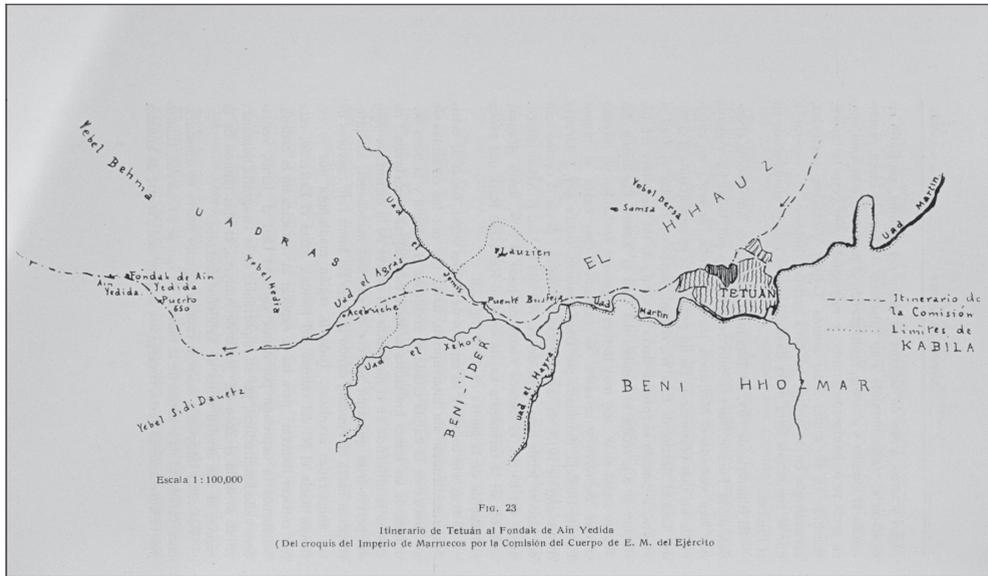
«Llegados al límite inferior del camino, encontrámonos ya en la llanura. Desde aquel momento la emoción fué grande. Teníamos ante nosotros la extensa llanura del Uad-Ras, con sus campos cubiertos de doradas espigas. En el fondo, y á nuestra derecha, una serie de lomas, formando escalones, recordábanos el sitio principal escogido por los marroquíes para formalizar la mayor resistencia cuando la célebre batalla. A nuestra izquierda, unos cuantos arbolillos raquíuticos señalaban aún el sitio donde se firmó la paz que puso término á la empeñada contienda» (Boada, 1999 [1895]: 267).

Una vez allí y aunque se encontrara físicamente delante de un campo de cereales espigados, Boada se dedicó a reubicar espacialmente las localizaciones-íconos más significativas de la batalla. Al mismo tiempo, preso por la nostalgia, reconstruyó y revivió las excentricidades de aquel combate que supuso mucho más que una simple victoria militar. Leemos:

«Por un momento creímos ver nuestros valientes batallones esparramados por el llano; el ruido ensordecedor del cañón y las descargas de la fusilería parecían herir nuestros oídos con ilusión creciente. Como treinta años atrás, el sol doraba con sus rayos montes y valles, envolviendo en un nimbo de luz esplendorosa los mil episodios épicos que la historia registra en sus mejores páginas, formando, alrededor del nombre de España, una aureola de gloria inmarcesible. [...] Sobre el terreno y formando una sola comitiva, examinamos el campo, reconstituyendo la disposición de los batallones y cuerpos de ejército en montes y llanos. La imaginación suplía lo que en la realidad faltaba, presentándonos las principales fases del combate, el más importante que se ha librado en tierra de África» (Boada, 1999 [1895]: 268).

Mapa 2

CROQUIS DE RUTA PROTOTIPO REALIZADA POR LA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA DEL 1913⁸



Mapa incluido en el relato de Dantín (1914).

En el caso de Collell, rememora la mítica batalla en el primer momento de pisar suelo africano (1891), realizando un ejercicio de translación territorial que desconecta la evocación bélica de su lugar de origen. De ese modo, el clérigo manifiesta que

«Al poner el pie en Ceuta, de repente aparecieron en mi imaginación los recuerdos de la guerra del año 1860 que yo había seguido con el delirio de adolescente engrescado, en las noticias del Telégrafo de Barcelona, y sobretodo en las animadas relaciones que, en su Diario de un testigo de la guerra de Africa, daba mediante fascículos copiosamente ilustrados por buenos dibujantes, Pedro Antonio de Alarcón» (Collell, 1921: 27)⁹.

En este caso vemos la importancia que toman las geografías imaginarias y el poder fáctico que pueden alcanzar la literatura y la iconografía (popular, académica o periodística) en

8 En esta ocasión es importante reparar en la importancia del tramo, que recoge la geografía del enfrentamiento militar. A la izquierda del mapa se localiza la planicie de Uad Ras y la señalización del Fondak. También podemos observar como el itinerario realizado por los expedicionarios (Dantín y Cabrera entre otros) llega a Tetuán, ciudad estrechamente vinculada con las geografías imaginarias de la Guerra de África.

9 El texto original de Collell está escrito en catalán: «Al posar el peu en terra a Ceuta, de sopte's reverdiren en ma imaginació els recorts de la guerra del any 1860 que jo havia seguit ab la dalera del adolescent engrescat, en les noticies del *Telégrafo de Barcelona*, y sobre tot en les animades relacions que, en son *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, ne donava en sengles fascicles copiosament ilustrats per bons dibuixants, en Pere Antoni de Alarcón» (Collell, 1921: 27). La traducción al castellano es de la autora del artículo.

la creación y consolidación de un imaginario patriótico nacional. A su vez, vemos como el desplazamiento geográfico en tierras africanas incrementa el efecto de verosimilitud, lo que implica que desde allí Collell considere:

«Y fue tanta la viveza del recuerdo, que incluso que parecía que yo había vivido en Ceuta y conocía los lugares donde se libraron las primeras batallas en las que fue herido el general Echagüe que había sido Coronel de un seguimiento de guarnición en Vich. El Serrallo, Castillejos, Sierra Bullones, Tetuán, todos estos nombres me eran familiares, como me eran bien conocidos los nombres de los generales O'Donell, Ros de Olano, y sobretudo el nombre legendario y vibrante como un tiro de fusil de Prim» (Collell, 1921: 27)¹⁰.

El imaginario preexistente de Collell crea la paradoja de haber estado ya en el lugar, y en consecuencia, de conocer tanto la geografía concreta de aquel territorio como un tiempo histórico no vivido (simplemente imaginado). Así pues, desde Ceuta, el autor evoca su escenario personal, creado a propósito de la popularmente conocida Guerra de África, a la vez que interrelaciona su lugar de origen —Vic— con las trayectorias biográficas de algunos de los militares que se hicieron famosos en dicha batalla. En esta ocasión, el viaje se convierte en una práctica de comparación espacial que relaciona el sujeto que se desplaza y sus geografías del lugar de origen con las imaginadas y las nacidas con la práctica del viaje.

2. Desplazamientos coloniales y evocaciones de un panorama paisajístico complejo

Los paisajes coloniales evolucionaron entre el principio y fin del período de estudio. También cambiaron físicamente los escenarios bélicos del año 1859 así como el modo de percibir el territorio marroquí y la realidad colonial, especialmente después de la implantación del Protectorado (1912). Las aportaciones que disponemos del siglo XX siguieron evocando el paisaje de la batalla pero también incluyeron las particularidades existentes en el momento de su desplazamiento.

Eguilaz, por ejemplo, se traslada a Marruecos *«con el propósito de hacer un viaje a Tetuán y de paso conocer los sitios aquellos donde tuvieron lugar los épicos combates de 1859 al 1860 que cubrieron de gloria en tierras africanas á guerreros españoles»* (Eguilaz, 1912: 36). Sin embargo, saliendo de Ceuta constata que *«en la frontera, y en sitio muy próximo, se encuentra el Boquete de Anghera sitio de recuerdo tristísimo, donde como en el barranco del Lobo, en Melilla (25 de julio de 1909), nuestras tropas tuvieron innumerales bajas»* (Eguilaz, 1912: 39). Por tanto, con la intención de realizar el itinerario de los míticos paisajes de la guerra, su primera evocación tras dejar Ceuta se concreta en presentar

10 El texto original de Collell está escrito en catalán: *«Y fou tanta la viveza del recort, que fins me semblá que jo hi havia viscut a Ceuta y coneixia'ls llocs hont se donaren les primeres batalles en les quals fou ferit lo general Echagüe que havia estat de Coronel d'un seguiment de guarnició a Vich. El Serrallo, Castillejos, Sierra Bullones, Tetuán, tots aqueixos noms m'eran familiars, com m'eran ben coneguts els noms dels generals O'Donell, Ros de Olano, y sobretot el nom llegendari y vibrant com un tret de fusell, d'en Prim»* (Collell, 1921: 27). La traducción al castellano es de la autora del artículo.

los espacios bélicos de la tragedia, donde muchos compatriotas murieron. En esta misma línea, prosigue contándonos que

«El camino que íbamos recorriendo era pintoresco y hermoso en extremo, abrupto y bastante escarpado en algunos sitios, difícil al tránsito de las caballerías y peligrosos por su mucha altura. [...] Pasamos por los llanos de Castillejos y evoqué el recuerdo de los célebres voluntarios catalanes y del valeroso Prim en aquella memorable batalla, allí verificada, y que valió al ilustre general un título nobiliario» (Eguilaz, 1912: 42-43).

«Seguimos poco después la marcha, internándonos por el Rincón que forma la base de Cabo Negrón, lugar lleno de grandes matorrales y arbolado salvaje, sitio muy peligroso, por servir en todo tiempo de guarida á los bandoleros marroquíes. Entramos en las llanuras de Martín por sitio opuesto al que entraron nuestras tropas en 1860» (Eguilaz, 1912: 64).

Resiguiendo los topónimos célebres que se relacionan directamente con las escaramuzas del 60 [ver mapas 1 y 2] y contemplando con esmero el paisaje natural del recorrido hacia Tetuán, el desplazamiento se convierte en un encabalgamiento temporal y espacial de dos experiencias bien diferentes: ir a Tetuán y revivir la mítica guerra en su escenario real, con la evocación de los movimientos estratégicos del ejército y de los personajes que allí alcanzaron la gloria.

Otros viajeros, al pasar cerca de estos lugares, especialmente después de la instauración formal del Protectorado y de la construcción de la carretera nueva de enlace entre Ceuta y Tetuán, también incorporaron referencias paisajísticas —directas o indirectas— de la batalla del 60, pero reubicándolas en la época concreta del viaje. De ese modo, Olmet, escribe en su relato:

«El automóvil déjanos en puente Buceja, de viejo olor a O'Donnell, más allá de Laucién. Nada nuevo nos ofrece el recorrido. Algunas fortificaciones más... Muy poco. El valle sigue siendo español, pero las altas sierras que lo dominan, continúan en poder de la insurrección africana» (Olmet, 1916: 119).

«Yo voy por este camino poseído de un interés inmenso. Atavismos el corazón áspero de la morería. Recorremos un terruño histórico, ¡el camino del Fondak!, donde aún no dominamos, donde vive la raza más indómita y salvaje de la zona, donde estamos por gracia y merced del Raisuli» (Olmet, 1916: 120-121).

Más allá de la incorporación de detalles de la memoria histórica nacional asociada al territorio descrito, el viajero aprovecha para manifestar la necesidad imperiosa de completar la colonización y la penetración colonial española en dicha área, ya que según él, a pesar del control español del valle, las carenas todavía se encuentran bajo dominio de lo que considera la «insurrección africana». Más adelante, después de constatar la voluntad y el interés

de desplazarse por el conocidísimo «camino del Fondak» [ver mapa 2], puntualiza también que dichos parajes se encontraban bajo el dominio local del caudillo Raisuli, el cual tenía en aquellas épocas una relación ambivalente con las fuerzas de ocupación españolas. De esta manera, vemos claramente como la transcripción literaria de los desplazamientos vinculan poderosamente paisaje y memoria pero también los imperativos coloniales vigentes de cada período.

Cabrera también evoca en su relato la famosa escaramuza hispano-marroquí. En referencia a su viaje [ver mapas 1 y 2], nos explica que *«el camino que lleva de la más mora a la más cosmopolita de las ciudades marroquíes, camino abandonado desde que España hizo la actual carretera, pasa primero entre lomas que alternan con extensos campos de cebada, remontando el curso del Uad el Helú, o Martín con el Uad Haxra»* (Cabrera, 1924: 38). Tal y como menciona el autor, en la época que viajó ya se había formalizado el Protectorado y se había intervenido en el territorio de una forma más «consciente». Sin embargo, él y la comitiva de la que formaba parte, recorrieron la ruta antigua, la que hicieron los militares españoles durante la batalla del 60. Según este itinerario y *«pasada la confluencia de estos dos ríos, después de seguir buen rato por la orilla septentrional del primero, lo cruzamos por el puente y entramos de lleno en la vasta llanura del Uad Agrás, que nuestra campaña de 1860 hizo famosa»* (Cabrera, 1924: 39). Frente de este ya conocido escenario nos comenta que

«Confieso que aquellos parajes no me parecieron tan inaccesibles como se ha dicho por algunos cronistas de guerra. No había subidas difíciles ni bajadas peligrosas. En tal camino había peligro, indudablemente, pero éste no estaba en el terreno, sino en sus habitantes, en los temidos kabileños de Uadrás, maestros en el arte de aprovechar la ventaja que su posición en los montes les daba sobre los que pasaban por la tortuosa senda» (Cabrera, 1924: 41).

Al igual que Boada, Cabrera considera que el peligro tradicionalmente asociado al lugar no se encuentra en su topografía sino en sus habitantes, a su vez expertos conocedores de su geografía local. En relación al efecto que le sugiere el paisaje, incluye que:

«El paisaje de Uadrás, aunque poco variado, es de una belleza áspera y bravía indescrutable; pero lo malo del camino, la precaución con que había que ir para que las cabalgaduras no tropezasen y cayesen y la fama que tenían de peligrosos aquellos sitios, hicieron que las tres horas largas que empleamos en pasar por ellos nos pareciesen otros tantos siglos» (Cabrera, 1924: 42).

Ya a finales del período, otras aportaciones siguen rememorando la significación patriótica de estos paisajes. Sin embargo, vemos como aparecen nuevos elementos a considerar a parte de la evocación mítica de una guerra victoriosa. Santiago Otero, saliendo de Tánger, comenta:

«Poco después, pasamos por el Puente Internacional, donde comienza la Zona de protectorado español, enclavado al pie de Cuesta Colorada, monte de trágicos

recuerdos, escenario de actos guerreros y de bandidaje, muchas veces teñido por la sangre de inocentes viajeros y de soldados de España» (Otero, 1930: 13)

Incluso la turista Carmen Jiménez de Noguera nos da a conocer que:

«Hoy completamente pacificado, abierta esta difícil pista, levantada en el paso de mayor compromiso, frente a los terribles Beni Hassan, el campamento de la legión de zoco el Arbaa nos parecen una lejana pesadilla los dolorosos episodios que, no hace aún trece años, cubrieron de sangre estas tierras» (Jiménez de Noguera, 1933: 43)

Estas últimas aportaciones, aunque manifiesten una aparente pacificación y una colonización real de la zona y, evoquen una victoria, también recuerdan las derrotas militares recientes, en especial las trágicas del año 1921 [ver mapa 4]. Sin embargo, la ruta prototipo, el trayecto de Ceuta-Tànger hacia Tetuán, tendrá para el imaginario geográfico español la significación de la victoria concebida como el primer paso hacia la anexión territorial del norte de Marruecos.

3. La Guerra de África y Tetuán

Si bien el hecho de recorrer lo que fue el campo de batalla comportó inevitablemente —en las aportaciones españolas— la evocación de la Guerra de África, vemos también como la ciudad de Tetuán se convirtió en el enclavamiento urbano que generó más evocaciones patrióticas en relación a la guerra del 1859-60, que algunos la bautizaron como la *batalla de Tetuán*. En este sentido, Boada, que conoce la ciudad a finales del siglo XIX, escribe con cierta exaltación:

«Tetuán!... ¡Tetuán!... La ciudad de los recuerdos y de nuestras ilusiones, la que hizo llorar de júbilo á todo un pueblo, provocando las mayores explosiones de entusiasmo que se han visto en este siglo; la que despertó con su toma los apagados ímpetus de toda una raza, reverdecido olvidados laureles; la que presenció, en fin, las grandes victorias del ejército cristiano que inmortalizaron los nombres de los O'Donell, Prim, Ros de Olano, Echagüe, y toda aquella pléyade de generales esforzados y valerosos soldados que formaron el ejército de África...» (Boada, 1999 [1895]: 322).

El ideario africanista se concentra densamente en la descripción del paisaje urbano tetuaní, transformándose en la ciudad de los míticos recuerdos, pero también, la ciudad de las ilusiones, el lugar donde quedan depositadas gran parte de las esperanzas coloniales¹¹. Las evocaciones nos transportan a la guerra de África, a la lírica de Alarcón y al imaginario colectivo creado y recreado durante diferentes generaciones. En esta misma línea pero unos

¹¹ Para profundizar en esta temática concreta, ver: Bennani, Aziza (1992). *Tetuán. Ciudad de todos los misterios*. Granada: Universidad de Granada.

años más tarde, disponemos de las aportaciones del joven estudiante de Salamanca, que nuevamente plasma, en el espacio urbano de Tetuán, todas las ansias colonialistas. Leemos:

«Y al fin aparece [...] Tetuán, la histórica ciudad, llena de recuerdos, y que está hoy mismo pregonando al mundo entero que sólo España debe poseerla, por ser nuestra Patria la autora de la gloriosa epopeya del 60. ¡Ah! [...] por allí subió el general Prim a plantar en la Alcazaba la bandera roja y gualda; más allá se dio la famosa batalla de Wad-Ras; por doquier la sangre de nuestros soldados corrió con abundancia, fertilizando aquellas regiones escondidas» (Montero, 1913: 20).

Más adelante en la narración y ubicado en la parte más alta de la ciudad, nos cuenta:

«Yo estaba como absorto, contemplando el panorama; y turbando aquel silencio solemne de la tarde, me pareció oír la voz dulce de aquellas hermosas tierras, que se animaban y decían: «¡Españoles, venid a nosotras! Somos ricas, somos fértiles, encerramos en nuestras entrañas riqueza y tesoros. [...] No os dejéis seducir por apóstoles falaces, ni abandonéis a vuestra querida Patria, la que os vió nacer [...] para ir a parecer quizá víctimas del hambre y de la fiebre en las insalubres pampas del Panamá y del Brasil... Venid a nosotras: os esperamos... es más, os pertenecemos; nos habéis regado con la sangre generosa de vuestras venas...» (Montero, 1913: 31-32).

El autor se sirve de la descripción del espacio urbano de Tetuán para dejar explícita el ideario colonial de transvasar el flujo migratorio español de las Américas a las Áfricas. En este sentido, es altamente significativo y destacable el recurso literario utilizado para transmitir este ideario: la personificación de la propia ciudad.

Por su lado, Cabrera, considera que:

«Una de las grandes bellezas de Tetuán consiste en su especial situación entre las escarpadas montañas que dan sus aguas, y con ellas la feracidad, al extenso valle del Uad Martín. [...] son estos montes una tentación para todo amante de la Naturaleza y del excursionismo, y durante muchos años, desde que España franqueó al mundo las puertas de Tetuán en 1860, los valles que hacia el Martín se abren eran el sitio escogido para las partidas de campo de la colonia europea de esta ciudad. Tienen además las montañas de Beni Hozmar cierto interés histórico por haber sido hasta hace muy poco el límite meridional, el punto más internado de las exploraciones científicas en la parte oriental de Yebala. Pasar de allí costaba la vida» (Cabrera, 1924: 188).

Tetuán, que terminó siendo la capital del Protectorado español de Marruecos, queda estrechamente vinculada al imaginario mítico de la guerra. En este sentido, el patriotismo español lo utilizará para considerar que fue «España» quien abrió las puertas de esta ciudad al mundo. Al mismo tiempo, Cabrera, al referirse a Tetuán también hace hincapié al interés

histórico que tienen sus alrededores como frontera colonial, como límite real de la penetración española. Para él, el colonialismo y la ciencia siguen el mismo itinerario y, por tanto, más allá de Tetuán no se podían realizar exploraciones científicas debido a la peligrosidad de no ser todavía territorio colonizado por las tropas españolas.

También Sánchez Pérez recuerda la simbología del imaginario colectivo que tiene para España la ciudad de Tetuán, *orientalizada* pero también colonizada por las reiteradas miradas españolas. Incluye:

«Los que en sus mocedades gustaron de saborear romances; los que se deleitaron con la prosa palpitante de entusiasmo de Alarcón; los que oyeron consejas que decían de las guerras con los moros; los que pensaron, durante los últimos años, en los miles de soldados que cumplieron en tierras moras una sagrada misión, miran a Tetuán como se mira a algo muy suyo, muy querido y muy digno de anhelos y sacrificios» (Sánchez Pérez, 1925: 14)

III. ALREDEDORES DE MELILLA: ESCARAMUZAS EN LAS PUERTAS DEL RIFT (1893-1926)

Melilla y la geografía de sus cercanías también tendrán un gran poder evocador en el conjunto de los paisajes belicosos que aparecen en la literatura viajera. Serán unos paisajes que se irán repitiendo y modificando y, no siempre tendrán aires de victoria. Desde la «*Campaña de Melilla*» del año 1893 al «*Desembarco de Alhucemas*» del año 1925, el *hinterland* de Melilla recogerá, uno tras otro, los cruentos enfrentamientos entre el ejército español y la resistencia rifeña.

1. Los primeros disturbios contados desde el campo de batalla

Dos de los relatos existentes tratan específicamente la temática bélica hispano-marroquí porque se desplazaron allí como periodistas. Boada, como el primer corresponsal de guerra de *La Vanguardia*, dejó constancia de los enfrentamientos del año 1893. En aquella primera ocasión, divisando la costa de Melilla, escribió: «*el Cabo de Tres Forcas dibujábase en el horizonte. La costa rifeña, pelada y abrupta, atraíanos de un modo particular*» (Boada, 1999 [1895]: 336). Ciertamente, el paisaje del Rift, durante el período de análisis, experimentó la paradójica dicotomía de atracción colonial hacia su territorio (colonizable) y la conciencia de repulsión hacia sus habitantes, tal y como si de un estereotipo geográfico se tratara. Así pues, encontrándose en Melilla, Boada cuenta:

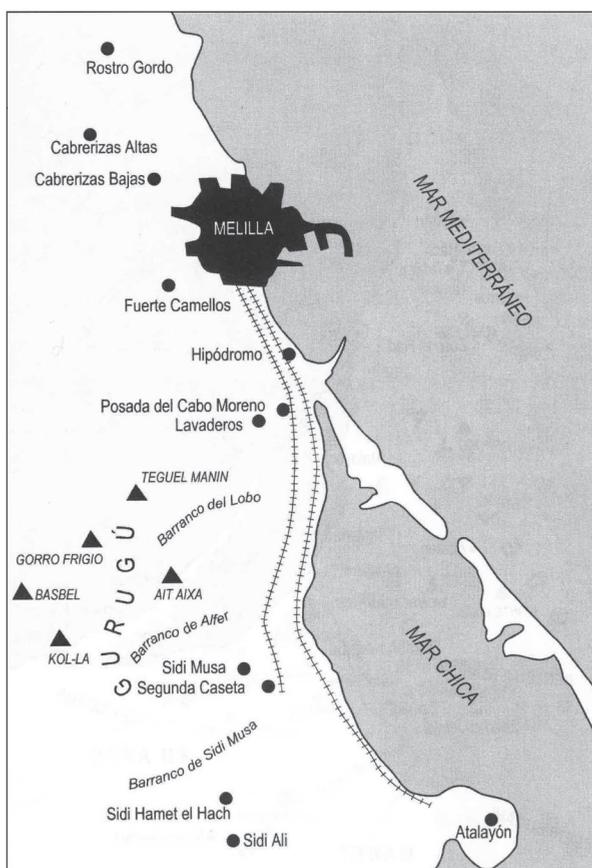
«Acostumbrada la opinión á las continuas escaramuzas provocadas periódicamente por los moros fronterizos de aquella plaza africana, hubo de convenirse por el número de bajas y duración del combate de la importancia que había revestido éste, y de la escasa gloria que en él había correspondido á las armas españolas, para sentirse unánimemente excitada clamando venganza del bárbaro atropello rifeño, y dispuesta á agotar cuantos medios fueran necesarios para dejar á salvo, al par que el honor de nuestra bandera, la integridad de nuestros derechos» (Boada, 1999 [1895]: 325).

El viajero corresponsal constata la existencia de reiterada conflictividad entre los militares españoles de Melilla y los rifeños de las cabillas de los alrededores. Es más, estos disturbios fronterizos, que representaban una forzada normalidad, se agudizaron hasta tal punto que, en el 1893, uno de ellos fue considerado de «agravio a la patria española» y, con el renacimiento institucional y popular de las ansias de venganza hacia el «bárbaro rifeño», estalló una desproporcionada guerra. Así,

«No debía pues sorprender á nadie el que apenas comenzados los trabajos del nuevo fuerte, los escasos soldados que protegían las obras viéranse atacados por

Mapa 3

CERCANÍAS DE MELILLA. LOCALIZACIÓN DEL BARRANCO DEL LOBO¹²



Fuente: mapa extraído del libro de Villalobos (2004).

12 Este mapa ubica el *Barranco del Lobo* (muy cercano a la ciudad de Melilla) donde el año 1909 el ejército español sufrió otro gran revés militar. Los puntos negros que aparecen en el mapa son los fortines militares españoles, mientras que los triángulos representan los accidentes geográficos más destacables.

fuerzas muy superiores, ocupando posiciones ventajosas y por ende en situación crítica. [...] Alármose entonces la opinión, sacudió su inercia el Gobierno, y dada la gravedad de las circunstancias decidióse el envío de refuerzos. El entusiasmo que reinó en todos los ámbitos de la Península, no tuvo límites. Y es que la guerra al moro ha sido siempre muy popular en nuestro país, teniendo el don de enardecer todos los corazones. No en vano ha sostenido España una lucha de siete siglos con ellos, para que, al menor conflicto, recuérdense antiguas glorias, apagadas ambiciones y no vengadas ofensas» (Boada, 1999 [1895]: 326).

Melilla y su entorno más inmediato se convirtieron en una dura espina clavada en el patriotismo español. Las constantes escaramuzas, algunas de las cuales se transformaron en batallas descomunales, evocaron desde sus inicios, tal y como apuntó Boada, el odio a muerte al «moro» y exaltaron el más puro sentimiento de venganza forjado muchos siglos atrás.

Unos años más tarde, concretamente en el verano del año 1909, Carmen de Burgos, más conocida por Colombine, también estuvo al pie del campo de batalla a las afueras de Melilla [ver mapa 3]. Su relato novelado¹³ elucida la histórica simbiosis existente entre este territorio y los reiterados enfrentamientos bélicos. En plena guerra nos informa que

«Los batallones en columna doble de dos líneas estaban de cara al cerro, entre cuyas hendiduras habían quedado insepultos tantos cadáveres de españoles en las recientes batallas. La silueta pizarrosa del Gurugú recordaba la del Vesubio por la línea quebrada de la cumbre. [...] A sus espaldas se alzaban los fuertes de Alfonso XIII y de Camellos con sus formidables baterías de cañones, á la izquierda el mar iba á batir con sus olas de espuma las arenas de la playa, extendiendo su franja azul hasta la suspirada costa española, mientras que á la derecha el terreno arenisco, estéril, se esfumaba en el horizonte internándose en el Rif» (Burgos, 1912: 28).

La geografía de la guerra deja atrás las costas atlánticas que divisan la patria para referirse al territorio del Rift como un paisaje «estéril» donde yacen insepultazos militares españoles y donde destaca visualmente la presencia del Gurugú y los nuevos fortines militares españoles. Colombine, en relación directa con lo que se conoció como el «Barranco del Lobo», informa de las calamidades que comportó la guerra:

«Aquel siniestro barranco del Lobo, donde quedarán insepultas las víctimas del 27 de Julio, se había recorrido en la última descubierta. Los que llegaron hasta él contaban con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos, desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces» (Burgos, 1912: 55-56).

13 Las crónicas de guerra se publicaron en el *Heraldo de Madrid* entre agosto y septiembre del año 1909.

Ahora, paisaje y memoria difieren —y mucho— de las gloriosas evocaciones que hacen referencia a la Guerra de África. En esta ocasión, el paisaje se ha convertido en un escenario dominado por la tragedia.

2. Evocaciones paisajísticas de las geografías de la derrota: diferentes visiones

A partir de 1909, los viajeros que recorrieron las cercanías de Melilla también describieron sus paisajes de la guerra, rememorando y resiguiendo aquellos lugares e itinerarios impregnados de conflicto. Prats, por ejemplo, al llegar a África evoca explícitamente el territorio exacto donde se materializaron las batallas anteriores a su desplazamiento, dejando escrito que,

«Para mí, igual que para todos los que hayan leído en la historia las repetidas guerras de los españoles en África, el nombre del Cabo de Tres Forcas es perfectamente conocido, familiar [...] ¡Por tal hubiera yo entonces rechazado la idea de ver un día con mis propios ojos este gigante pico, mudo testigo de la bravura española, sepulcro de cientos de héroes que vertieron la sangre por su patria, que también lo es mía...!» (Prats, 1915: 155).

Después de reconocer la topografía más destacable de la zona y manifestar su conmoción, se acercó a la geografía concreta de los delirios bélicos evocando los crueles enfrentamientos entre españoles y marroquíes. Explica:

«Mi vista, al paso del coche, seguía recorriendo aquellos lugares por donde, en justo castigo, persiguieran nuestros soldados a los traidores rifeños, y observaba las ruinas de los caseríos destruidos por la artillería, permaneciendo aún los escombros cual vivo testimonio de la tradición de sus antiguos moradores. ¡Y pensar que aquel suelo, que nosotros pisábamos, había visto mezclarse con la de los moros la sangre de nuestros hermanos, la del pérfido islamita con la del noble cristiano! En verdad, que me estaban dando ganas de estrangular al primer marroquí que me hallara al paso... sólo la caridad cristiana podía contemplar mi indignación» (Prats, 1915: 168).

Prats, cura y académico de Salamanca, sirviéndose de la contemplación del paisaje, transmitió su discurso católico más reaccionario: la ancestral guerra de religiones en la cual topan «nobles cristianos» y «pérfidos islamitas», o sea, buenos y malos. Con esta evocación —y las ganas de estrangular— quedan manifiestos los sentimientos más patrióticos e inquisitivos del clérigo. Y prosigue:

«En derredor nuestro una gran explanada, que se prolonga en la vasta laguna (tal es Mar Chica), cuya faja de separación del mar se pierde entre la bruma azulada; al Sur el cerro del Atalayón; hacia el Poniente el Gurugú, que en su imponente elevación, y vestido de luto por las sombras de la tarde, llega a parecerme inmenso mausoleo erigido por la naturaleza a los mártires del deber que en las

faldas de este monte sucumbieron. Una resplandeciente nube oculta a la sazón su encumbrada cima, y, sin saber por qué, me figuro ver en ella algo simbólico, así como el blanco cendal con que el Dios de las batallas quiere cubrir las lobreguezes del barranco del lobo y del de la muerte, sepultura de los innumerables soldados que con su sangre escribieron el 27 de Julio una de las páginas más gloriosas de nuestra historia contemporánea» (Prats, 1915: 168-169).

Después de trazar una detallada panorámica paisajística hacia todos los puntos cardinales, el viajero, todavía ofuscado, recalca en el temor de la inseguridad que inspiran estos parajes y por este motivo, termina manifestando que *«los soldados que continuamente vigilan aquellos lugares infundían, con su presencia, en nosotros la tranquilidad que, de faltar ellos, no hubiéramos tenido, máxime desde el punto en que la noche nos salió al paso durante el regreso»* (Prats, 1915: 171). Finalmente, al llegar a la población de Zeluán, constata que

«Una cosa se echa de ver apenas se llega a Zeluán. En sus casas de madera sencillas, con lo estrictamente indispensable para proteger a sus moradores contra la intemperie, advierte al menos avisado que todo allí es postizo, que falta aún aquella seguridad, aquella calma precisa para las obras sólidas y estables; se adivina a la legua que estamos en tierra de enemigos. El poblado se reduce a una calle formada por dos manzanas de casas destinadas a cantinas, donde los soldados, relevados de la rígida disciplina militar, triunfan y se divierten confundidos con sus jefes. [...] A unos cien metros del sitio se alza la célebre Alcazaba, de gigantescas proporciones, refugio de los rifeños, donde impunemente se guarnecía después de hostilizar a nuestras tropas» (Prats, 1915: 225-226).

Para el viajero, los paisajes de los alrededores de Melilla se caracterizan por la inestabilidad y fragilidad de su geografía. Prats, denotó una falta de seguridad debido a la proximidad y desconocimiento del enemigo. El resultado, por tanto, es un paisaje postizo que depende directamente de una necesaria presencia militar.

Sin embargo, los mismos paisajes generaron diferentes opiniones, e incluso, evocaciones tremendamente optimistas al quedar estrechamente relacionadas con las aspiraciones más materialistas del colonialismo español. Desde este punto de vista, el relato de Olmet nos informa que:

«Cuando vino, en 1911, á Melilla Don Afonso XIII, la plaza había tenido una pequeña expansión. El Rey pudo recorrer á caballo la zona ocupada. Hoy hacen falta cuatro ó cinco días para recorrerla en automóvil. Fuera de los primeros choques ocurridos en el año 9 y de la infortunada excursión al Kert del 11, etapas sangrientas, momentos arduos, la ocupación se ha ido haciendo sin ruido, sin dolor, sin tragedia. [...] Poseemos ya hasta el Muluya, límite de nuestra zona, dilatados territorios. El Kert es un regato inofensivo. Monte Mauro, estorbo grande para llegar á Alhucemas. [...] Lo que todos hemos de reconocer es que la obra realizada tiene, desde el punto de vista militar considerable importancia» (Olmet, 1916: 35).

Así, para Olmet, los paisajes bélicos quedan tremendamente «relativizados» a merced de los positivos cambios obtenidos en el territorio en cuestión, entre los años 1911 y 1915. Así pues, parece que para el autor, los intentos de ocupación española no estaban siendo nada trágicos. Su mirada, deja atrás las derrotas bélicas y, destaca superlativamente el aumento de la influencia española en la zona. Al encontrarse allí, añade:

«Hemos llegado á las más avanzadas posiciones. Desde ellas se dominan las jaimas ó campamentos de los moros nómadas que guerrearán contra nuestra invasión. Y ahora, al regresar, lleno de polvo, de sol y de esa energía física y espiritual que comunica el espectáculo de la guerra, quisiera tener una paleta gigante para trazar este cuadro asombroso» (Olmet, 1916: 36).

Al desplazarse hasta el extremo más fronterizo o en el que era considerado el frente de batalla, Olmet transforma su narrativa en una lírica épica y alegórica de los enfrentamientos existentes debido al dominio territorial. Además, el autor, llevado por la emoción de contemplar la «proeza española» se remite a la incapacidad textual para transmitir sus emociones y evoca una necesidad más artística para describir lo que él considera el espectáculo de la guerra. Como en el caso de otras aportaciones, se elucida la aparición de lo que Roger (1997) llama la «artialización»¹⁴ del paisaje, la cual mediante la transformación visual del espacio, se prepondera la referencia artística (tradicionalmente pictórica) y el espacio vivido o visto se transforma en un paisaje contemplado y percibido.

Al mismo tiempo, y retornando a la temática de las políticas de ocupación, concretamente en la área del Rift, donde la resistencia fue más virulenta, incluye nuevas referencias a la españolidad de los territorios ocupados. Escribe:

«A la derecha se alza el Gurugú. Hoy se le recorre á pie, sin armas. El Barranco del Lobo es una grieta verde que sonrío al sol. [...] Cuanto abarcan los ojos, aquellas montañas hermosas de la lejanía, todo, todo pertenece a España» (Olmet, 1916: 36).

En cambio, para Zulueta, la visualización de estos lugares lo obsesiona y lo enmudecen. Observando el territorio y asociándolo a su pasado más reciente, lo maldice y lo adjetiva de ingrato y estéril. Como escenario bélico que fue, sus paisajes quedaron condenados a no ser nunca fecundos. Leemos:

«La emoción callada que experimenté en aquel primer momento, constituía para mí una verdadera obsesión. El paisaje iba desenvolviéndose áspero y de aspecto ingrato. Los pocos restos de arbolado, alguna higuera raquílica y desmedrada, cantados pinos encanijados proclamaban a las claras la esterilidad de aquel suelo ingrato. La sangre con que lo habíamos regado no podía ser fecunda. ¡Tierra maldita!» (Zulueta, 1916: 19).

14 De la adaptación del *artialisation* francés de Allan Roger (1997).

Al igual que otros viajeros, también se desplaza a la geografía del crimen y allí aparecen de forma cruenta los recuerdos dolorosos. A su vez, en la narración de los paisajes de la guerra, el componente geográfico se convierte en un elemento de análisis importante. En este sentido el autor detalla que:

«Contemplamos a nuestro sabor el barranco del Lobo. ¡Siempre el recuerdo doloroso! Pero el auto corría ya por una carretera bien conservada, por entre líneas férreas, y se nos ofreció la perspectiva de Mar Chica y de Nador, por entre la combinación de hilos telegráficos y postes, que nos hablaban, con su muda silueta, de civilización y progreso. Nador no más dista 14 kilómetros de Melilla. ¡Cuántos combates para dominar tan reducido espacio! La población es insignificante; los edificios poco más que barracas grandes. Es menester que el guía, complaciente, nos advierta que los grupos de chumberas ocultaban habitaciones humanas» (Zulueta, 1916: 20).

Encabalgado entre el pasado doloroso y el presente cambiante (debido a la implementación de elementos que modernizaban el paisaje), el autor objetiva y delimita la insignificancia del territorio ocupado trazando la comparativa entre el esfuerzo realizado y el total de la superficie colonizada. En este sentido, su opinión difiere y mucho, de la del su compatriota Olmet.

3. El fatídico 1921

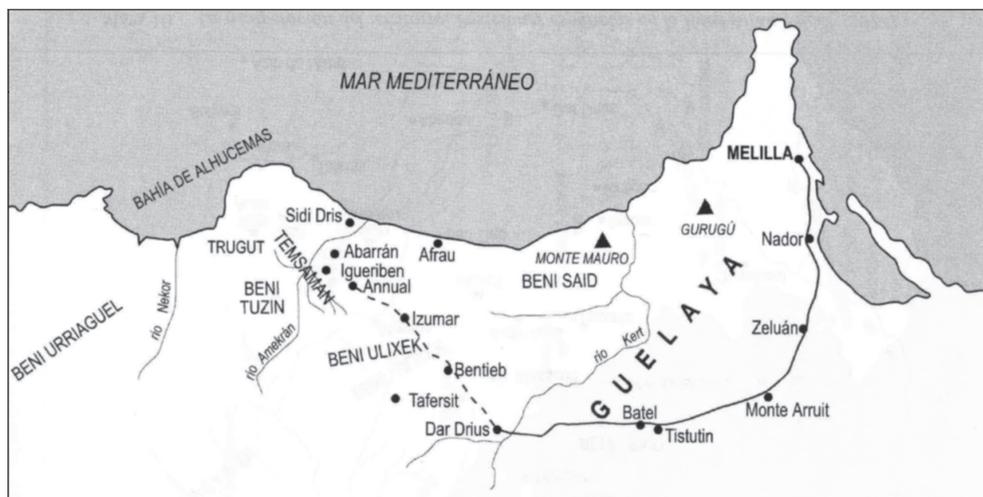
Las campañas militares españolas en Marruecos tuvieron la peor derrota¹⁵ en el año 1921, con una gran escabechada humana que tuvo unas duras repercusiones en la Península y en el sí de la organización militar española. En este sentido, el naturalista Cabrera que conoció la Zona oriental del Protectorado en el año 1919 (pero que publicó su relato en el año 1924), informa que:

«Monte Arruit no tenía entonces la trágica fama que hoy tiene, siendo simplemente una de tantas posiciones con poblado español adjunto, a la que daba alguna importancia el hecho de dominar la inmensa llanura del Garet, donde se desarrollaba la explotación agrícola de la Compañía Española de Colonización, que era la que había construido el poblado, compuesto de edificios bajos, bastante confortable, con fachadas de estilo árabe, formando calles tiradas a cordel sobre la llanura, entre la vía férrea y el monte, cuya cima ocupaba la posición» (Cabrera, 1924: 114).

El paisaje narrado y la descripción territorial incluida son bien diferentes de las que se generarán a partir de 1921. Así pues, cuando Tirant viaja en los años treinta del XX y recorre los alrededores de Melilla, evoca lo que él considera los escenarios de la más grande de las tragedias vividas en Marruecos [ver mapa 4]. Incluye:

¹⁵ Para profundizar sobre este hecho histórico, ver Carrasco García (1999), Leguineche (1996) y Villalobos (2004).

Mapa 4
ZONA ORIENTAL. LOCALIZACIÓN DE MONTE ARRUIT Y ANNUAL, ASÍ COMO LA TRAYECTORIA DE LA DERROTA MILITAR ESPAÑOLA DEL AÑO 1921



Fuente: Mapa extraído del libro de Villalobos (2004).

«Se atraviesan desde la salida de Melilla, todos los lugares que fueron teatro de la tragedia del año 21, y, en verlos, no podemos dejar de avergonzarnos por aquel desastre que parece imposible que no se evitara. Nador, Zeluán, Monte Arruit, Dar-Drius, sobretudo las tres primeras, son posiciones fáciles de socorrer desde Melilla, ¡donde habían 18.000 hombres que no fueron utilizados ni poco ni mucho por intentar evitar aquella vergüenza nacional! [...]. Nador conserva todavía enrunada la fábrica de harinas donde se hicieron fuertes los héroes que resistieron, esperando el auxilio que no llegó. [...] Monte Arruit debe tener una cota que no llega a cincuenta metros, y dista de Melilla muy pocos kilómetros; se puede utilizar para casi todo el recorrido de la «Mar Chica». ¿Cómo se explica, si no es por un pánico insuperable, que el comandante general de Melilla abandonara los hombres de aquella posición? Las responsabilidades por la catástrofe de Marruecos, del año 1921, a lo mejor no se averiguarán nunca...; si lo hiciesen, contarían aquello y muchas otras cosas posteriores» (Tirant, 1934: 30-33)¹⁶.

16 El texto original de Tirant está escrito en catalán: «Es travessen, des de la sortida de Melilla, tots els indrets que foren teatre de la tragèdia de l'any 21, i, en veure'ls, no podem deixar de sentir vergonya per aquell desastre que sembla impossible que no s'evités. Nador, Zeluà, Mont-Arruit, Dar-Drius, sobretot les tres primeres, són posicions fàcils de socórrer des de Melilla, on hi havia 18.000 homes !!! que no foren utilitzats ni poc ni molt per tal d'evitar aquella vergonya nacional [...]. Nador conserva encara enrunada la fàbrica de farines on es feren forts els herois que resistiren, esperant l'auxili que no arribà. [...] Mont-Arruit deu tenir una cota que no arriba a cinquanta metres, i dista de Melilla molts pocs quilòmetres; hom pot utilitzar per a quasi tot el recorregut la «Mar Chica». ¿Com s'explica, sinó per un pànic insuperable, que el comandant general de Melilla abandonés els homes d'aquella posició? Les responsabilitats per la catàstrofe del Marruecos, de l'any 1921, potser no s'escatiran mai...; si ho fossin, explicarien allò i moltes altres coses posteriors» (Tirant, 1934: 30-33). La traducció al castellano es de la autora del artículo.

Comparando las aportaciones presentadas vemos como se perfila la concepción de unos paisajes belicosos cambiantes. Para Tirant, como para Zulueta, los escenarios guerreros se convierten en unos paisajes de frustración, incompetencia y también espacios de la vergüenza. Así pues, al pisar el territorio y conocer su geografía, aparecen nuevas valoraciones de lo que previamente se había conocido por otros canales informativos.

Como en otras ocasiones, las percepciones de los paisajes de lucha pueden tener diferentes interpretaciones y múltiples evocaciones. Los paisajes están llenos de lugares que encarnan la experiencia y las aspiraciones de los seres humanos. Los lugares se transforman en centros de significado y en símbolos que expresan sentimientos, ideas y emociones de muy diversa índole (Nogué, 2007). Así, Santiago Otero, gran propagandista de la acción colonial española en Marruecos, cuando se refiere a la áreas limítrofes de Melilla, su lectura e interpretación se proyecta en lo que podría llegar a ser, alejándose de toda mirada retrospectiva de la historia del territorio. En este caso concreto, la vinculación entre paisaje y memoria queda distorsionada por la omisión de hechos muy relevantes en relación a las recientes y virulentas derrotas militares ubicadas allí. Da la sensación, pues, que después del desembarco de Alhucemas —y con la correspondiente censura previa y posterior—, y «habiendo pasado página», las miradas colonialistas dedicadas a estos paisajes ya no hicieron referencia al trágico 21. De ese modo, se observa la voluntad de hacer desaparecer y borrar el séquito de tragedias desasociándolas de su paisaje.

Otero afrontó la temática y describió su paisaje desde un punto de vista totalmente diferente. Lo hizo con la introducción de Villa Sanjurjo¹⁷. Escribe: «*de noche hacemos entrada en la coqueta y risueña población, la más jovencita de todas las hermanas de Zona. Apenas cuenta tres años*» (Otero, 1930: 117). Y prosigue informándonos:

«Considerad que hace poco más de dos años Villa Sanjurjo era todavía un campamento. La historia de su desarrollo es brevísima. Durante dos siglos y medio, España, desde la isla de Alhucemas, contempló con amor estos campos rifeños; fué aquel Peñón faro de esperanza, que captó lentamente afectos y voluntades de los vecinos costeros, a favor de un próspero comercio, llegando a introducir entre los indígenas nuestra moneda y nuestro idioma que se hablaba en la costa casi tanto como el xelja. No se registra violencia alguna hasta la exaltación de Abdelkrim el Jatabi con su ridícula república rifeña. De acuerdo con Francia y España para destruir, en interés del pueblo reprimido, la pseudo soberanía de éste, las flotas de guerra de ambas naciones, el 8 de septiembre de 1925, apoyaron con sus fuegos el audaz desembarco de las heroicas tropas españolas, que se afirmaron en las crestas que circundan esta meseta, y venciendo en pocos días la porfiada resistencia rebelde, llegaron a dominar las feraces vegas, en cuyo centro floreció la antigua Nekor» (Otero, 1930: 118).

En esta ocasión, coincidiendo con el ejemplo de Prats, vemos como al referirse a dichos espacios se habla más bien de la morfología y evolución de los enclavamientos partiendo

¹⁷ Villa Sanjurjo fue el nombre que recibió temporalmente Alhucemas después de la contundente contraréplica militar española de 1925 que salió desde esta ubicación.

de la nada que no de su significación antes y durante la penetración colonial española. Sin embargo, Otero se refiere a la construcción de un paisaje nuevo a partir de la construcción del campamento militar aunque haga referencia de la presencia española en Alhucemas desde mucho tiempo atrás. Así, en referencia a los paisajes de la guerra, Otero habla sólo de un pueblo reprimido por la «ridícula república rifeña» de El-Jatabi y de unas fuerzas de liberación —española— de los rebeldes ejecutada eficazmente en pocos días y con brillantes resultados. Así, para el autor:

«Las afortunadas operaciones de las tropas aliadas en 1926 y la entrega del Jatabi, consolidan la situación, y a las barracas suceden construcciones de mampostería; se traza a futura ciudad, se la da el nombre del popular y bizarro general Sanjurjo, y entre las primeras luces de cultura que se encienden como propulsor y heraldo de la labor iniciada, aparece en 1927 un periódico, Diario Español de Alhucemas, para contribuir en primera línea a la labor civilizadora, razón de existencia del nuevo pueblo, empezando por definir las ventajas de seguridad, salutíferas y económicas, de su ocasional emplazamiento en emotivas páginas vibrantes de pasión y de redentores anhelos» (Otero, 1930: 119).

En esta línea más intervencionista, Otero se remite sólo al post desembarco de Alhucemas para referirse a la construcción de unos paisajes coloniales nuevos, omitiendo así, toda conflictividad presente en la geografía del *hinterland* de Melilla. Así pues, con la revisión de las aportaciones viajeras que hacen referencia a las áreas que rodean las ciudades españolas de Ceuta y Melilla, vemos como se formularon y recrearon los paisajes de gloria y fracaso militares en el norte de África.

IV. REFLEXIONES FINALES: RECREACIONES ASIMÉTRICAS DE LOS PAISAJES DE LA GUERRA

Tal y como se ha ido elucidando en estas páginas, los paisajes son las configuraciones de los espacios geográficos, que, además, de ejercer funciones territoriales básicas, son capaces de tener intensas influencias morales y culturales (Martínez de Pisón, 2007). El caso de las recreaciones literarias españolas de la geografía de la guerra en Marruecos es un buen ejemplo de ello porque pone a debate el papel de los viajes asociados a la construcción de los «imperios» y los «estados nacionales» en la conformación de ciertos imaginarios geográficos de relevancia, los bélicos, los cuales a partir de 1936 traspasaron a la Península.

Con la creación y recreación de determinados paisajes asociados a mensajes ideológicos concretos, se forjan imágenes y patrones de significados que permiten ejercer el control sobre el comportamiento de lo histórico, dado que las personas asumen estos paisajes «politicizados» de manera natural y lógica, pasando a incorporarlos a su imaginario y a consumirlos, defenderlos y legitimarlos. En este sentido, se constata claramente como el paisaje es también un reflejo del poder y una herramienta para establecer, manipular y legitimar las relaciones sociales y de poder. Como bien manifiesta Nogué (2007), de ahí que sea tan importante polemizar los símbolos que la nación, el estado o la religión dejan impresos en el paisaje para marcar su existencia y sus límites.

Con la revisión histórica del intento de expansión colonial española en Marruecos vemos como aflora un patriotismo católico territorial que enlaza el ideario de la reconquista con las nuevas necesidades coloniales y el odio hacia el musulmán tradicionalmente estereotipado. A más, hay que puntualizar que no sólo fueron victorias españolas. En todo caso, hay que considerarlo como un cúmulo constante de derrotas militares que acabó convirtiéndose en una pesadilla para España. En este sentido, la recuperación histórica de la geografía de la guerra a través de sus paisajes tiene un gran valor documental, ya que la vivencia paisajística fue resultado de un proceso de formación de la conciencia histórica y nacional (Ortega Cantero, 2008), que a su vez es producto y muestra de la historia cultural de España.

Finalmente, también es necesario recalcar en la sabia puntualización de Martínez de Pisón (2007), la cual considera que el pasaje siempre está filtrado por la cultura y además, el grado de asimilación del concepto de paisaje manifiesta la cultura territorial de una sociedad. En este sentido, el análisis de la epopeya y tragedia española en Marruecos a través de la narración de sus paisajes es un ejercicio necesario para revalorizar —en su justa medida— los efectos y defectos de la presencia colonial española en Marruecos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBET, A., NOGUÉ, J. y RIUDOR, LI. (1997): «Esploratori, militari, topografi: la cartografia spagnola del Marocco», *Terra d’Africa*, núm VI, 15-39.
- ALBET, A. y RIUDOR, LI. (1999): «Evolución de la cartografía española de Marruecos: entre el documento territorial y la representación simbólica del poder», en Nogué, J. y Villanova, J. L., eds.: *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida, Milenio.
- AMOR Y MAYOR, F. (1859): *Recuerdos de un viaje a Marruecos*. Sevilla, Imp. La Andalucía.
- ANTÓN DEL OLMET, L. (1916): *Marruecos: de Melilla a Tánger*. Madrid, Juan Pueyo.
- AZEVEDO, A. F. (2008): *A ideia de paisagem*. Porto, Livraria Figueirinhas.
- BACHOUD, A. (1988): *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa Calpe.
- BALFOUR, S. (2002): *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península.
- BENÍTEZ, C. (1899): *Mi viaje por el interior del África*. Tánger, Imprenta Hispano-arábiga de la Misión Católico-española.
- BENNANI, A. (1992): *Tetuán. Ciudad de todos los misterios*. Granada, Universitat de Granada.
- BERGER, J. (1972): *Ways of seeing*. New York, Viking.
- BERGER, J. (1991): *About looking*. New York, Vintage International.
- BERTRANA, A. (1936): *El Marroc sensual i fanàtic*. Barcelona, Mediterrània.
- BOADA Y ROMEU, J. (1999): *Allende el Estrecho: viajes por Marruecos (1889-1894)*. Melilla, Consejería de Cultura, Educación, Juventud, Deporte y Turismo, y Ceuta, Consejería de Cultura. [Edición facsímil con introducción de V. Moga Romero].
- BORGHI, R. (2008): *Geografia, postcolonialismo e costruzione delle identità. Una lettura dello spazio urbano di Marrakech*. Milano, Unicopli.

- BURGOS SEGUÍ, C. de [Colombine] (1912): *En la guerra. Episodios de Melilla*. Valencia, Sempere i Cía.
- CABRERA LATORRE, Á. (1924): *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*. Madrid, Voluntad.
- CALVET, A. [Gaziel] (1891): *Tots els camins duen a Roma: història d'un destí (1893-1914)*. Memòries. Barcelona, Edicions 62 y La Caixa. [El viaje es del año 1909; la primera edición es de 1958].
- CARBONELL, J. (1999): *Marià Fortuny i la descoberta d'Àfrica: els dibuixos de la guerra hispanomarroquina (1859-1860)*. Barcelona, Columna.
- CARRASCO GARCÍA, A. (1999): *Las imágenes del desastre: Annual 1921*. Madrid, Almena.
- CERAROLS, R. (2009): «Literatura de viajes y el lenguaje geográfico: las geografías imaginativas del viaje colonial», en FERIA, J. M., GARCÍA GARCÍA, A. y OJEDA, J. F., eds.: *Territorios, sociedades y políticas*. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide y Asociación de Geógrafos Españoles.
- CERAROLS, R. (2008): *L'imaginari colonial espanyol del Marroc. Geografia, gènere i literatura de viatges*. Tesis doctoral dirigida por la Dra. M. D. Garcia Ramon. Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en <http://www.tesisenxarxa.net>
- COLLELL BANCELLS, J. (1921): *Dels meus recorts africans*. Vic, Tipografia Balmesiana.
- COSGROVE, D. (2003): «Landscape and European Sense of Sight. Eyeing Nature», en ANDERSON, K., DOMOSH, M., PILE, S. y THRIFGT, N., eds.: *Handbook of Cultural Geography*. London, Thousand Oaks, New Delhi, Sage Publications, 249-268.
- DANTÍN CERECEDA, J. (1914): *Una expedición científica por la zona de influencia española en Marruecos*. Barcelona, Casa Editorial Estudio.
- EGUILAZ, J. A. de (1913): *Un viaje por Marruecos*. Jaén, Tipografía del Pueblo Católico.
- ESCAMILLA Y RODRÍGUEZ, A. M. de (1927): *Marruecos visto y soñado*. Barcelona, Artes Gráficas Carlos Sabadell.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. (1996): *El goig de créixer*. Castelló, Servicio de publicaciones de la Diputació de Castelló.
- GARCÍA RAMÓN, M. D., NOGUÉ, J. y ZUSMAN, P., eds. (2008): *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*. Lleida, Pagès Editors y IEC.
- GAVIRA, J. (1949): *El viajero español por Marruecos, Don Joaquín Gatell (el «Kaid Ismail»)*. Madrid, Instituto de Estudios Africanos y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A., ed. (2004): *Pedro Antonio de Alarcón y la guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Barcelona, Anthropos.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (2002): *Lo moro: las lógicas de derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona, Anthropos.
- GREGORY, D. (1994): *Geographical imaginations*. Oxford, Blackwell.
- GUERRERO ACOSTA, J. M. (1998): *El ejército español en campaña (1643-1921)*. Madrid, Almena.

- JARA, A. (1903): *De Madrid a Tetuán*. Madrid, Ricardo Fe.
- JIMÉNEZ DE NOGUERA, M. C. (1933): *Por tierras de Africa*. Valencia, Tip. La Gutenberg.
- JUARROS ORTEGA, C. (1922): *La ciudad de los bellos ojos. Tetuán*. Madrid, Mundo Latino.
- LACOSTE, Y. (1977): *La geografía: una arma para la guerra*. Barcelona, Anagrama.
- LACOSTE, Y. (1988): *Questions de Géopolitique. L'Islam, la mer, l'Afrique*. Paris, Le livre de poche.
- LEGUINECHE, M. (1996): *Annual 1921: el desastre de España en el Rif*. Madrid, Santillana.
- MADARIAGA, M. R. (1999): *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla y UNED.
- MARÍN, M. (1996). «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912). *Hispania*, LVII, Núm. 192, 93-114.
- MARTÍN CORRALES, E. (1999): «El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica», en NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. L., eds.: *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida, Milenio.
- MARTÍN CORRALES, E., ed. (2002): *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de África a la «penetración pacífica»*. Barcelona, Bellaterra.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2007): «Paisaje, cultura y territorio», en NOGUÉ, J., ed.: *La construcción social del paisaje*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- MARTÍNEZ FERRANDO, D. (1929): *Ciudades marroquíes a través del Mogreb*. Barcelona, Cervantes.
- MATEO DIESTE, J. LI. (1997): *El «moro» entre los primitivos: el caso del Protectorado español en Marruecos*. Barcelona, Fundació La Caixa.
- MATEU BELLÉS, J. F. y Nieto Salvatierra, M. eds. (2008): *Retorno al paisaje. El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Valencia, Evren.
- MITCHELL, W. J. T., ed. (2002): *Landscape and Power*. Chicago, London, The University of Chicago Press.
- MITJANA, R. (1905): *En el Magreb-El-Aksa: viaje de la Embajada Española a la corte del sultán de Marruecos en el año 1900*. Valencia, F. Sempere y Cia.
- MOGA ROMERO, V. (2006): «El imaginario de papel, el papel del imaginario», en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A., ed.: *El orientalismo desde el Sur*. Barcelona, Anthropos.
- MONTERO Y GUTIÉRREZ, E. (1913): *Marruecos. El pueblo moro y el judío. Tipos, paisajes, usos, costumbres, instituciones religiosas y jurídicas; la acción de España en el Magreb*. Salamanca, Tip. Popular.
- MORALES LEZCANO, V. (2004): «Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África», en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A., ed.: *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Barcelona, Anthropos.
- MORALES LEZCANO, V. (2006): *Historia de Marruecos. De los orígenes tribales y las poblaciones nómadas a la independencia y la monarquía actual*. Madrid, La Esfera de los Libros.

- MURO GOIRI, Á. (1891): *Ocho días en Tánger: impresiones de un viaje agradable y corto de cuatro buenos amigos, sin equipaje*. Madrid, Tip. de los Huérfanos.
- NOGUÉ, J. (2007): «Introducción», en NOGUÉ, J. ed.: *La construcción social del paisaje*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- NOGUÉ, J., ed. (2007): *La construcción social del paisaje*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- NOGUÉ, J. y VILLANOVA, J. L. eds. (1999): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida, Milenio.
- ORTEGA CANTERO, N. (2008): «Paisaje e identidad nacional», en MATEU BELLÉS, J. F. y NIETO SALVATIERRA, M., eds.: *Retorno al paisaje. El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Valencia, Evren.
- OTERO ROTUNDO, S. (1930): *En el corazón del Rif. Impresiones de viaje efectuado a la Zona del Protectorado español y plazas de soberanía en Marruecos*. Ceuta, Revista África.
- PARADELA, N. (2005): *El otro laberinto. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*. Madrid, Siglo XXI.
- PAREJA SERRADA, A. (1908): *Tres meses en Marruecos. Memorias de un viaje a las misiones de África*. Madrid, Imp. de Espinosa y Lamas. [Utiliza el pseudónimo Abou. Djebel].
- PRATS ESCUDERO, S. (1915): *Por Andalucía y Marruecos: panoramas, monumentos, tipos, costumbres, tradiciones y rarezas de estos dos pueblos*. Salamanca, Calatrava.
- RAMIRO PIMENTA, J., SARMENTO, J. y AZEVEDO, A. F., coords. (2007): *Geografias pós-coloniais. Ensaio de Geografia Cultural*. Porto, Livraria Figueirinhas.
- REGUERA RODRÍGUEZ, A. (2002): «La formación de la conciencia africanista en España», en DÍEZ TORRE, A. R., ed.: *Ciencia y Memoria de Africa. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español, 1898-1998»*. Madrid, Ateneo de Madrid y Universidad de Alcalá.
- ROGER, A. (1997): *Court traité du paysage*. París, Gallimard.
- SÁENZ-ALONSO, M. (1947): *Del molino al minarete: viajes por Holanda y Marruecos*. Madrid, Afrodisio Aguado.
- SAN MARTÍN, A. de (1870): *La ciudad del sueño: viajes al interior de Marruecos*. Madrid, Urbano Manini.
- SÁNCHEZ PÉREZ, A. (1925): *Cosas de moros. Impresiones rápidas del campo y de la ciudad*. Toledo, Imp. Escuela Tip. y Enc. del Colegio de María Cristina.
- SCHAMA, S. (1995): *Landscape and Memory*. London, Harper Perennial.
- SILVA, L. (2001): *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*. Barcelona, Destino.
- TIRANT, I. (1934): *Del Tibidabo a l'Atlas i tornada. Impressions d'un viatge al Marroc*. Barcelona, Eugenio Subirana.
- URTEAGA, L. (2006): *Vigilia colonial. Cartógrafos militares españoles en Marruecos (1882-1912)*. Barcelona, Bellaterra y Ministerio de Defensa.
- URTEAGA, L., NADAL, F. y MURO, J. I. (2003): «Imperialismo y cartografía: la organización de la comisión española de Estado Mayor en Marruecos (1881-1882)». *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VII, Núm. 142.

- VILLALOBOS, F. (2004): *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*. Barcelona, Ariel.
- VILLANOVA, J. L. (2004): *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*. Barcelona, Bellaterra.
- ZULUETA Y GOMIS, J. (1916): *Impresiones del Rif*. Barcelona, Talleres Gráficos de José Sabadell y C°.
- ZUSMAN, P. (2007): «El viaje al Sáhara y la transformación del desierto en paisaje colonial», en PAÜL, V. y TORT, J., eds.: *Territorios, paisajes y lugares. Trabajos recientes de pensamiento geográfico*. Ametlla del Vallès, Galerada y Asociación de Geógrafos Españoles.
- ZUSMAN, P., LOIS, C. y CASTRO, H., eds. (2007): *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Buenos Aires, Prometeo.